

EL ESPÍRITU SANTO: EL TERCERO

El lector se encara, en esta contribución, con una presentación de la figura del Espíritu Santo, en base a los datos fundamentales del misterio trinitario. El título del artículo ya resulta indicativo: el tercero. No se trata de un trabajo técnico, pero la aparente sencillez del texto no ha de esconder la dificultad del tema. La agudeza de algunas formulaciones resulta clarificadora, pero es un texto que hay que leer despacio.

L'Esprit Saint: le Troisième, Études n° 3986 (2003) 777-786.

Poco antes de la segunda guerra mundial, un jesuita dedicó un libro al Espíritu Santo que tituló *Al Dios desconocido*. En la introducción escribía: “Espíritu Santo! Yo intento captarte, aislarte en la divinidad en la que estoy sumergido. Pero [...] insensiblemente caigo de rodillas ante el Padre o me inclino sobre mi Cristo interior familiar [...] Señor, hazme ver un poco tu rostro, haz que vea. Enséñame que no puedo pasar sin ti. No te integramos en la totalidad de la vida que anima nuestro cristianismo. Eres una palabra, un título, una expresión complicada. Nos imaginamos que sólo pueden comprenderte los sabios en cosas divinas. [...] Como si no fueras una persona. Una persona como nosotros, y como el Padre, y como el Hijo, exactamente como ellos, y por tanto una persona que atrae con todo su misterio” (Victor Dillard). Estas líneas expresan una doble confesión. De entrada, un hecho histórico: el Espíritu Santo ha sido desconocido por mucho tiempo, se hablaba poco de él, se escribía poco sobre él, y lo que se decía era de-

masiado complicado para integrarlo en el conocimiento y en la práctica de la religión cristiana. Los cristianos oran al Padre, quieren contemplar el Hijo en su humanidad, pero con frecuencia se quedan aquí. No experimentan la necesidad de ir más lejos, hasta el Espíritu. Les parece “anónimo”, incomprensible, lejano. Aunque los cristianos de hoy no puedan lamentarse de que no se les hable de él, la segunda dificultad permanece casi intacta. Nos contentaríamos con una Trinidad de dos personas. Parece fácil de entender, es familiar a nuestra oración, tanto más que una no va sin la otra. Pero de la tercera, no sabemos qué decir ni qué hacer. Esta reflexión será dedicada al Espíritu Santo por la razón de ser “el Tercero”.

Reflexionaremos sobre la identidad del Espíritu Santo en el seno de la Trinidad, al lado o “a continuación” del Padre y del Hijo. ¿Quién es? ¿Es seguro que sea “una persona exactamente como ellos”, el que se designa por la tercera persona gramatical, a la manera de un “El”, anónimo, au-

sente, neutro. Buscaremos, a continuación, dónde está y obra, para acercarnos a él concretamente. Si en nuestros días hablamos más de él, no es seguro que sepamos dónde encontrarlo. En la Iglesia, sin duda; ¿sólo en su cumbre o igualmente en sus miembros? Y quizás también en otras partes: ¿en otras Iglesias, en otras religiones y, por qué no, en todo el mundo? Nuestra reflexión acabará volviendo a su interioridad: ¿cómo aprehender este inalcanzable en el corazón de la vida que llamamos “espiritual”, pero que no separamos de las ocupaciones de la vida corriente?

De más, entre el Uno y el Otro

El tercero siempre está de más. Es lo que “piensa” el niño cuando la voz grave del padre viene a turbar, interrumpir, prohibir la tierna fusión con su madre. Presencia de un tercero inesperado, pero necesario: es la llamada de la vida a desprenderse del tronco, a ser él mismo, a abrirse al futuro, a unirse a otros, a ser “persona”. Así, el Espíritu Santo irrumpió en la vida de la naciente Iglesia un día de ventolera. Hasta entonces todo parecía claro a los discípulos del Resucitado: su Dios era el Dios de sus padres, creían que Jesús era su Hijo, su enviado, su predilecto, sin que esto turbase la soledad del Único. Después todo cambió de aspecto con el deslumbramiento de una nueva luz. El Espíritu desveló quiénes eran realmente uno para el otro, Dios y Jesús: Padre e Hijo, un solo Dios. Y la Iglesia supo verdaderamente quién era ella

misma: hija del Padre en tanto que cuerpo de Cristo, mensajera de un Espíritu de libertad por el cual se convertía en madre de pueblos reconciliados. Ella no inventó el Espíritu Santo. Lo recibió de forma que no podrá jamás separarse de él: había nacido de él.

Ha sido necesario tiempo para que la luz, venida de repente, penetrara hasta el fondo de los espíritus. Ella cambiaba la visión de los cristianos sobre Dios, que se manifestaba como un Dios para nosotros, un Padre venido a hacer historia con nosotros, en uno de nosotros, su Hijo, para habitar en nosotros por lo que tiene de común con él, su Espíritu de amor. De esta manera, la estructura trinitaria de Dios se imprimía en la carne de la Iglesia, el “nosotros” de los cristianos, antes de toda especulación conceptual. Esta fe existencial sostuvo la fe de la Iglesia para defender y enunciar la verdad del Dios trino. Porque vino un tiempo en que espíritus apesadumbrados sacaron sus cuentas, preguntándose cómo uno, más uno, más uno todavía hacían uno en vez de tres. Las mentalidades de la época estaban entregadas al culto del Uno, principio supremo del ser, de la verdad y del bien. Un “segundo” principio era sospechoso de degradar el Uno en dos —“dos es la multitud”, se decían— a menos de reducir este “segundo” al rango de “segundo”, de asistente del Uno. Pero quizás había un “tercero”, cifra de lo innumerable, de lo indescriptible, de lo monstruoso: tercera raza, tercer sexo, tercer hombre —¿tercer dios? La trinidad de Dios no obe-

dece a la aritmética de los números, se expresa en la lógica “filológica” de las palabras que se intercambian de Dios a Dios, como de él a los hombres. Dios les habla “en primera persona” diciendo “Yo”, mediante una palabra dirigida a la “segunda persona” a quien le dice “Tú”; y este tú le responde en nombre de nosotros. Y ambos hablan de aquello que están de acuerdo en comunicarnos, del Espíritu en el que ellos se dan, designado como la “tercera persona”, la del ausente que se aleja para darse a otros. El Espíritu Santo es la sintonía de voces del Padre y del Hijo en la palabra originaria, “hagamos al hombre a nuestra imagen”, a la que responde, como un eco, la que sube del fin de la historia: “Y estableceremos en él nuestra morada”.

El misterio eterno e inmanente de la Trinidad se da a descifrar en la estructura de lenguaje por la cual se comunica con el mundo, al comunicarse con él tal como lo hace en sí misma. En este misterio de intercomunicación se desvela la singularidad de la “tercera Persona”, Don de Dios, no simplemente cosa dada, sino acto y relación viviente de Donación de sí. Ya que él es para nosotros, en el tiempo, lo que es en sí mismo, eternamente. Efusión recíproca del amor del Padre y del Hijo, uno por el otro. No ocupa un lugar a continuación de dos, sino entre ellos: es lo que sobreabunda y desborda. No está entre ellos para invitarles a fusionarse en sí mismo, sino al contrario para impedirselo, ya que él es irrecuperable por ninguno de los dos, su-

puesto que se han dado, el uno al otro, con una donación irrescindible: él es lo que queda, un exceso infinito, lo que hay que dar a otros. El Espíritu es inagotable gratuitad del amor del Padre y del Hijo, el Don totalmente gratuito que da la existencia a aquellos a quienes él desea darse. Es, en la Trinidad, la voz de lo que podría nacer de la infinita riqueza del ser divino, el clamor de los pobres en quienes no está, para ser amados de Dios y a quienes advendría si su mirada se pusiera sobre su nada. El Espíritu es esa Mirada del Padre que se da, en su Hijo, un mundo a contemplar para hacerle un don, un mundo de seres deseables, de hijos posibles, dignos de ser amados por el Padre si llegaban a amar a su Hijo, capaces de amar al Hijo si el Padre les hacía subsistir (según su imagen) por su Espíritu de amor: “Y fue así, y era muy bueno”. He ahí en qué el Espíritu Santo es “el Tercero”, “el que completa la Trinidad”, el que la impide reducirse a Uno, y de encerrarse en la soledad, porque es el exceso que la abre sobre un mundo para derramar en él su sobreabundancia.

Aquí y allí, pero siempre en otra parte

Puesto que nos es “dado” tenemos que buscar dónde se encuentra, para recibirle y vivir de él. El lugar donde se encuentra el Espíritu es, sobre todo, la Iglesia. Por mucho tiempo la presencia del Espíritu parecía reservada a la Iglesia católica, y gozar de él pertenecía a las personas “consagra-

das” a su servicio o a un “estado de santidad”. El Vaticano II ha proclamado que todos los bautizados, sin excepción, participan de la sobreabundancia del don del Espíritu. Y de ahí ha sacado la doble consecuencia: que todos los fieles están llamados a la misma santidad, y que las Iglesias que bautizan en la misma fe constituyen (de manera semejante, pero tal vez de la misma manera) el cuerpo indivisible de Cristo. Con esta declaración, el ecumenismo entre las Iglesias ha recibido un fuerte impulso. El acercamiento a las otras religiones, inaugurado por el Concilio, ha diseminado la idea de que el Espíritu trabaja en las diferentes tradiciones sagradas de los pueblos para revelar en ellos a Dios y obrar la salvación. Incluso da gusto pensar que mucha gente, sin creencia ni práctica religiosa, pero ricos en justicia y caridad, gozan también de la presencia del Espíritu Santo. Pero, llegados a este punto, nos entra la inquietud: ¿qué queda de específico a la identidad cristiana si se le retira un nexo privilegiado con el Espíritu? Diseminado por todas partes, el Espíritu se ha hecho ilocalizable.

Un breve retorno a la teología trinitaria y al nacimiento de la Iglesia aclarará nuestra reflexión. El Espíritu no es un astro errante, está unido indisolublemente al Padre y a Jesús; en ningún momento ni en parte alguna no existe ni obra sin ellos. Por esto el Padre lo hizo surgir, el día de Pentecostés, del cuerpo crucificado y resucitado de Jesús para darlo a sus

discípulos y unirlos en un solo cuerpo, la Iglesia, “cuerpo de Cristo”, en tanto que sus miembros están unidos a Cristo por su Espíritu y en tanto que el Padre les comunica la vida que da a su (Hijo) único, para convertirlos también en hijos. Sobre esta doble base comprendemos de qué manera el Espíritu “habita” en la Iglesia colectivamente y en el cuerpo de cada cristiano individualmente, sin que su presencia sea dividida y sin advenir nuevamente a ellos en cada bautismo. Se comunica a los nuevos bautizados extendiendo a cada uno la presencia que despliega por todas partes en la Iglesia, desde su fundación en la primera comunidad apostólica. Y no está presente como un objeto en un lugar, sino como aliento vivo, como dinamismo relacional y vivificante que prolonga, en la Iglesia, los intercambios de la vida trinitaria al mismo tiempo que la inserta en esta vida trinitaria. Espíritu de comunión, pone en relación a los cristianos entre ellos y con el Padre por el Hijo. Habita en la Iglesia convirtiéndola en “morada” histórica de la Trinidad: es el tercer anillo que extiende a la multiplicidad la unidad del Padre y del Hijo. Por tanto, todos los miembros de este cuerpo pueden gozar del Don común, de la participación en la vida trinitaria, en la medida de su propia apertura de corazón, de espíritu y de vida a este Don. Mientras que la actuación del Espíritu en ellos se diversifica, según la función que ejercen en la Iglesia, ya que está orientado a su vivir-en-comunidad (doctrina de los carismas, I Co 12).

Sobre esta misma base, debemos pensar la presencia del Espíritu “fuera” de nosotros. Dado que la única Iglesia está en todas partes donde la fe en Cristo se enseña, es creída, se vive y se practica sacramentalmente, no hay razón para dudar de que el Espíritu habita, a la vez e indivisiblemente, en las diferentes Iglesias que se han separado a lo largo del tiempo en la medida que han permanecido fieles a la fe de los orígenes apostólicos, por encima de las diversas formulaciones, ritos y doctrinas. Y también en la medida que permanecen unidas, unas a otras, por el lazo de la caridad, más allá de los contenciosos históricos que las separan.

Por lo que se refiere a las religiones no cristianas nada autoriza a decir que el Espíritu Santo no actuará en ellas como lo hace en beneficio de la única Iglesia de Cristo. Es decir, reuniendo a sus creyentes en otros cuerpos que santificará y unirá al Padre, en cuanto cuerpo. Pero sabiendo que el Espíritu estaba unido al Verbo, cuando vino al mundo para iluminar a todo hombre en la búsqueda del verdadero Dios, no dudamos de que continúa, desde entonces y todavía más que antes, - a partir de esta base de comunicación que es para él la Iglesia, - a extenderse por medio de las tradiciones religiosas de los pueblos, para iniciar a sus creyentes en la libertad de hijos de Dios, en la verdadera adoración al Padre, en espíritu y verdad, y en encaminarlos también hacia su Reino.

Tampoco dudaríamos, en base a la humanización del Hijo de

Dios, que su Espíritu circula en la historia a través de las tradiciones culturales de los pueblos, incluso la modernidad occidental, para conducir a todos los hombres, aunque sean increyentes, a una humanidad más consciente, más exigente, más libre y más unificada, que los predispone a reconciliarse entre ellos y con Dios y ser así “recapitulados” en aquel que se hizo solidario de todos sus hermanos los hombres. Brevemente, que el Espíritu esté aquí no le impide estar también allí, cerca y lejos, aunque de manera diferente, puesto que siempre está en exceso y no está en un lugar mas que para irse a otro, pero sin retirarse de donde viene.

Jamás ausente, pero ‘hacia atrás’

Esta propiedad del Espíritu de hacerse presente en la Iglesia, estando más allá, y de alejarse de ella sin abandonarla nunca, aporta luz a la última pregunta que nos proponíamos examinar: ¿Tenemos experiencia del Espíritu? ¿Sentimos sus mociones? ¿Oímos sus llamadas? ¿Recibimos sus enseñanzas? ¿Vemos su acción en otros? Este vocabulario corporal, utilizado por los autores espirituales, no está fuera de lugar, dado que el Espíritu es el soplo que anima el cuerpo eclesial de Cristo. Pero lo que hemos dicho sobre su ligazón con este cuerpo nos habrá hecho ver que se ata sin que admita ser atado, y nos habrá advertido de que no se entrega a nuestra experiencia sino a condición de un total desasi-

miento de nosotros mismos.

Empecemos por recoger los datos que tenemos a nuestra disposición para contestar a estos interrogantes, sin peligro de perdernos en una mezcla dudosa de espiritualidad y sicología. “Hablado” en tercera persona, el Espíritu no interviene en un grupo de interlocutores diciendo “Yo” e interpellando “Tú” o “Vosotros”. Inspira el discurso de la Escritura, sin tener discurso, anima la confesión de fe de los discípulos, y suscita la predicación de los apóstoles sin hablar en su lugar. En su función de Paráclito, trae a la memoria las enseñanzas de Jesús, las ilumina en el espíritu de los discípulos y, si les revela verdades que antes no habían oído, sin embargo, se trata de palabras que vienen de Jesús. Él es el Espíritu de Cristo y, como tal, conduce su Iglesia “hacia la verdad total” (Jn 14,26; 16,12-13). Enviado por el Padre - o de parte de Cristo - no está desprovisto de autonomía e iniciativa, ya que es Viento y Soplo de Libertad y sobreviene de improviso, donde quiere, pero siempre en calidad de enviado de uno y otro. Por esto, nos introduce en su intimidad eclipsándose, como “el amigo del esposo”, si no es que permanece a la manera de lazo viviente que nos une a ellos (Jn 14,15; 3,8; 3,29; 2Co 3,17).

Su modo propio de hablar y obrar es venir como Consolador: testimoniar por la voz de la conciencia lo que nos hace ser hijos del Padre, exhalar en los corazones suspiros de esperanza, inspirar nuestras oraciones, mover deseos acordes con los del Padre.

Es el llamamiento silencioso, pero ardiente, del ser nuevo que hace nacer en nosotros. Es la voz que se inscribe en la carne y hace subir, de sus profundidades, el nombre del Padre, voz del Otro que revela lo desconocido de nuestro ser más íntimo, nuestro espíritu penetrado de Espíritu. A estas enseñanzas se une la tradición de la Iglesia: como norma general, no dirige oraciones al Espíritu Santo, mas ora en él al Padre que se lo conceda por el Hijo.

Así es de discreta su presencia y acción. Lo sabemos también por experiencia, pero no es inútil meditarlo. De entrada, para guardarse de ilusiones y desilusiones ante tanto ruido como se ha hecho a propósito de manifestaciones del Espíritu: ¿se ha creído aprehenderlo, hacerle hablar, exhibirlo en público? Es la señal más probable de que no estaba allí donde quizás había empezado a llegar. Más aún, aprenderemos a conocer mejor su personalidad y su discreción, porque es Libertad y no quiere herir la nuestra, sino hacerla crecer. Por eso, normalmente se abstiene de hacer sensibles sus mociones. El Espíritu nos hace pensar, hablar, querer, hacer *por nosotros*, lo que desea que pensemos, digamos, queramos o hagamos. Sus intervenciones dejan trazos por los que podemos reconocer, no que está allí, obrando, sino que *ha pasado* activamente por allí.

Es así como releiendo, a la luz del Espíritu, su pasado común con Jesús, los discípulos entendieron las palabras que Jesús no les pudo decir, porque entonces no podían

“soportarlas”. Serán palabras nuevas y, no obstante, puro eco de sus antiguas enseñanzas o, más bien, la manifestación de su Palabra viva en ellos (cf. Jn 16,12 y 17,8). De manera parecida, la *re-lectura crítica* del pasado revelará los signos de “la habitación” del Espíritu en nosotros: estos testimonios de fe que no nos hubiéramos atrevido a dar antes, la perseverancia en una oración nunca consolada, esta entrega pródiga a una persona que no podíamos soportar, la constancia en una fe turbada por tantas dudas, la paciencia en un sufrimiento que nos ha sublevado durante largo tiempo, la “apertura” de un Escrito que nos estaba cerrado, el gozo con una compañía que nos dejaba indiferentes, todo esto que no éramos y que hemos sido capaces de decir y hacer, estas maneras inhabituales de sentir y de vivir, todo esto en lo que hemos sido cambiados y desplazados, esta novedad que hay en nosotros, sin venir de nosotros, he ahí la obra del Espíritu.

El asombro que experimentamos, el sentimiento de ser *entregados* al Huésped extranjero, al mismo tiempo que *dados* a nosotros mismos, he ahí el criterio de su presencia. Al que se añade el testimonio que el Espíritu da a nuestro espíritu, esos frutos del Espíritu que son la paz, el gozo, el amor y, por encima de todo, la conciencia de haber accedido a la gratuidad del exceso, de la libertad y de la novedad de vida.

Otro criterio de la acción del

Espíritu nos lo da el testamento de Jesús. La oración que dirige al Padre para que sus discípulos permanezcan unidos entre ellos, después de su partida: “que todos sean uno como nosotros, tú en mí y yo en ti, también ellos en nosotros” (Jn 17,21-23). El Espíritu Santo forma el *nosotros* común del Padre y del Hijo y el *nosotros* de los cristianos, como cuerpo de Cristo. El *nosotros* divino que mantiene la distinción de “tú y yo”, no es fusión sino coexistencia del Padre y del Hijo, el uno en el otro. El *nosotros* más natural a los hombres tampoco es la eliminación del *yo*, sino su extensión a otros. Con todo, un *yo* que invasivo corre el riesgo de acaparar a los que se asocia y un *nosotros* exclusivo de ser la expresión de una voluntad de poder opuesta a otros *nosotros*. El *nosotros* cristiano que forma el Espíritu requiere la total y fuerte implicación del *yo* en la desapropiación de *sí mismo*, el compromiso del *yo* a dejar crecer los otros *yo*, a ponerse a su servicio, el desasimiento de *sí mismo* bajo el anonimato de un *yo* que, disimulado en un plural, se deja decir a la manera de un *él*. Tal es el *nosotros* que la recitación cotidiana del “Padre nuestro” debería ayudar a los cristianos a formar en la Iglesia universal, pero también y mucho más en todas las relaciones interpersonales, comunitarias o sociales. Acostumbrarse a deslizar el *yo* en un tal *nosotros*, no tú como yo sino yo como tú, es el signo de que se ha instalado una “Tercera persona”.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA